

SEGURIDAD DEMOCRÁTICA Y VIGILANCIA

El discurso propagandístico en el gobierno de Álvaro Uribe Vélez

Por: Claudia Gordillo¹

¿De qué se habla cuando hablamos de seguridad en Colombia?, ¿Cuáles son los discursos que construye el gobierno para fabricar la idea de seguridad? ¿Qué quiere decir sentirse seguro(a) en un territorio que ha sido narrado por y desde la violencia política y social? Estas preguntas me permiten reflexionar en torno al uso de la categoría de seguridad como fin último de un Estado, me refiero a esas tensiones políticas, sociales y culturales por las que pasa la categoría para defender la sociedad. Es decir, quiero acercarme a una lectura de la seguridad en Colombia centrada en la Política de Seguridad Democrática del gobierno de Álvaro Uribe Vélez y poder así dar cuenta de las múltiples formas del discurso, pero, sobre todo, de cómo finalmente éste consolida su hegemonía. Me acerco a la Política de Seguridad Democrática como el lugar donde se construye una categoría de seguridad –que no es final y acabada sino que muta, se transforma de acuerdo a su necesidad-, es decir, se relaciona con lo que el gobierno necesita de ella para el control de la población mediante la creación de mecanismos de vigilancia. Para realizar esta reflexión usaré la propaganda política del Ejército Nacional de Colombia “los héroes en Colombia si existen”, son 9 comerciales de televisión con circuitos de muestra en televisión y cine que estuvieron al aire durante casi 6 años. En esta ponencia ahondaré en el comercial titulado “Camuflaje”, el primer comercial realizado.

Esta investigación nace en un escenario de sospecha. A finales del 2008 estaba en el cine esperando la proyección de una película, antecedida por una serie de cortos, entre ellos el de la campaña del Ejército Nacional de Colombia “*Los héroes en Colombia si existen*” que reza “aunque no nos veas siempre estamos ahí, aunque no nos oigas también estamos ahí, y aun en medio de la oscuridad, somos tus guardianes”. Era la primera vez que veía la emisión de este tipo de publicidad en las salas de cine, pero lo más curioso fue ver que mientras yo me estremecía pensando en que este tipo de *productos* hablan de la vigilancia que ejercen el gobierno sobre la población, los otros espectadores actuaban como si estuvieran viendo un comercial de papas fritas.

¹ Comunicadora social y periodista, candidata a la maestría en Estudios Culturales y miembro del grupo de estudios visuales de la Pontificia Universidad Javeriana en Bogotá. Interés investigativo en visualidad, representación, discursos y producción de imaginarios.

Me pregunté si este mensaje publicitario hacía parte de una estrategia discursiva de Estado que tenía como objetivo *posicionar* una forma particular de lenguaje instalado en la protección y la seguridad; y por ende, lo que acababa de ver no era más que la respuesta a la naturalización del lenguaje que había circulado durante casi seis años de gobierno de Álvaro Uribe Vélez. Víctor Klemperer, filólogo judío, escribió en su libro “La lengua del Tercer Reich” (2002) que el poder del nazismo radicaba en el lenguaje “se introducía más bien en la carne y en la sangre de las masas a través de palabras aisladas, de expresiones, de formas sintácticas que imponía repitiéndolas millones de veces y que eran adoptadas de forma mecánica e inconsciente” (27), produciendo en el espectador ese efecto narcótico para mantener el poder que el régimen Nazi trató de resolver a través del uso de la propaganda política.

Seguridad Democrática en Colombia

La acción política del gobierno de Colombia se centró en la Política de Seguridad Democrática (en adelante referenciada como PSD) durante los dos mandatos de Álvaro Uribe Vélez (2002-2006 y 2006-2010). La Política es un conjunto de estrategias que tenían como fin último garantizar condiciones mínimas de seguridad para propiciar un escenario económico alentador y así incentivar la inversión de capital, principalmente extranjero, a la vez que proteger el derecho a la seguridad de los colombianos y fortalecer, con la solidaridad de la ciudadanía, el Estado de Derecho y la autoridad democrática. Así lo afirma el documento de la PSD del Ministerio de Defensa Nacional:

La Política de Defensa y Seguridad Democrática es una política de Estado de largo plazo, que se desarrollará en coordinación con todas las entidades del Gobierno y las demás ramas del poder. La verdadera seguridad depende no sólo de la capacidad de la Fuerza Pública de ejercer el poder *coercitivo del Estado*, sino también de la capacidad del poder judicial de garantizar la pronta y cumplida administración de justicia, del Gobierno de cumplir con las responsabilidades constitucionales del Estado y del Congreso de legislar teniendo presente *la seguridad como el bien común* por excelencia de toda la sociedad. (Ministerio de Defensa Nacional, 2003: 32, cursivas añadidas).

A finales de 2002, con tan solo cinco meses de gobierno, se presentan varias estrategias que van a impactar la seguridad y la forma como ésta empieza a desarrollarse en el territorio colombiano basadas en tres líneas de acción: una política de paz con los paramilitares; la continuación de la ofensiva contra las Farc, activada al final del gobierno anterior, y un grupo de programas puntuales –como los soldados campesinos, los estímulos a la desertión y las redes de informantes– destinadas a alimentar a las otras

dos (Leal, 2006: 3). Otro espacio de acción privilegiado fue el de la movilidad, socavada por el problema de secuestro:

La percepción de tranquilidad quedó confirmada en las semanas del período vacacional del cambio del año, cuando el gobierno organizó caravanas de vehículos escoltados por la Fuerza Pública, que estimularon el desplazamiento terrestre de amplios grupos de la población, luego de varios años de temores frente a asaltos y secuestros (Leal, 2006: 5).

A comienzos de 2003 se da a conocer el Plan Nacional de Desarrollo, el cual tiene como principal objetivo brindar seguridad democrática. Este documento plantea las acciones que posibilitan la seguridad en el territorio colombiano, entre ellas: el control del territorio y la defensa de la soberanía nacional, el combate al narcotráfico y el crimen organizado, el fortalecimiento del servicio de justicia, el desarrollo en zonas deprimidas y de conflicto, la protección y promoción de los derechos humanos y del Derecho Internacional Humanitario, el *fortalecimiento de la convivencia y los valores* la creación de una política de relaciones exteriores y cooperación internacional, la reducción de las organizaciones armadas al margen de la ley, el fortalecimiento de la Fuerza Pública, la *promoción de la cooperación ciudadana*, la protección a la infraestructura económica, la seguridad urbana y el programa de seguridad vial (DNP, 2003).

Este documento le permitió al gobierno afianzar sus estrategias y prácticas políticas en torno a un único discurso: la PSD, para cuya activación se valió de estrategias como el decreto del estado de conmoción interior (excepción constitucional que sustituyó al estado de sitio); el decreto de un impuesto de guerra (contribución especial realizada por una sola vez con cargo a los sectores más pudientes del país con el propósito de fortalecer la PSD, especialmente la renovación del equipo militar); el reclutamiento de soldados campesinos para reforzar las zonas de donde son oriundos; la conformación de redes de informantes para alimentar los servicios de inteligencia; la creación de recompensas por información; el estímulo a la desertión de combatientes ilegales, y la creación de zonas de rehabilitación y consolidación en áreas de influencia guerrillera, como la de Arauca. Además, la Ley 782 de diciembre de 2002 prorrogó la vigencia de la Ley 418 de 1997 (llamada de orden público), pero abolió el requisito de conceder estatus político a los grupos armados para iniciar negociaciones destinadas a su desmovilización² (Leal, 2006: 4). Una vez instaladas estas prácticas, se empieza a vitalizar el aspecto

² Decreto 1837, 11 de agosto de 2002, Diario Oficial 44.896; Decreto 1838, 11 de agosto de 2002, Diario Oficial 44.897; Decreto 2002, 9 de septiembre de 2002, Diario Oficial 44.930; “*Informantes en red*”, en El Tiempo, 11 de agosto de 2002; “*Vientos de guerra*”, en Semana, n° 1.059, agosto 19 a 26 de 2002; “*Campesinos armados*”, en Semana, n° 1.060, agosto 26 a

militar y, con ello, el surgimiento de algunas prácticas institucionales que develaban que algo estaba sucediendo políticamente: las noticias relacionadas con el gobierno aumentaban en los medios, la presencia de militares armados en espacios públicos era cada vez mayor, los representantes del gobierno introdujeron en el lenguaje institucional formas discursivas despreciativas y beligerantes. Todos estos actos que, si bien no eran reveladores inmediatos de una política, empezaban a develar particularidades de dicho gobierno.

El escenario para la PSD

La PSD nace en un escenario frustrado, minado principalmente por la desesperanza que produjeron los diálogos de paz sostenidos desde 1998 por ex presidente Andrés Pastrana, que al término de su periodo presidencial (2002) le entregó al país una zona de distensión en el Caguán (sur del país) que favorecía a las Farc, así como un aumento en las cifras de secuestrados que ascendió hasta 18 mil personas, según reporte de la Fundación País Libre³. Influenciado a su vez por la historia de intentos de paz y discursos para frenar el terrorismo en el país.

En este escenario continuo de derrotas, aprendizajes y fracasos aparece la propuesta política de Uribe Vélez, quien usó el eslogan “Mano firme, corazón grande” para su primera campaña presidencial, y prometía arremeter contra los “terroristas” mediante el uso de una estrategia militar centrada en la PSD, la cual lo llevó a la presidencia (2002-2006). La PSD coincidió con el discurso de la “guerra contra el terrorismo” que presentó Estados Unidos a partir del evento de violencia del 11-S de 2001 que destruyó las Torres Gemelas del *World Trade Center* de Nueva York (y el edificio del Pentágono en Washington), causando la muerte a cerca de 3.000 personas y dejando heridas a otras 6.000. En esta fecha, “el pueblo musulmán se convirtió en el receptor del odio virtuoso del Occidente” (Campos, 2011: 4), pero sobre todo, inaugura un discurso que liberó el odio y el miedo. Así, lo describe Rossana Reguillo cuando habla del encauzamiento y administración de las emociones colectivas: “En el caso de las Torres Gemelas; el primer “sentimiento” que se puso a circular desde las grandes cadenas noticiosas fue el miedo; más adelante se apeló al odio contra los perpetradores, en la genérica figura de los musulmanes,

2 de septiembre de 2002; “*Desertar y ganar*”, en Cambio, n° 479, agosto 26 a septiembre 2 de 2002; “*Tres departamentos en zonas de rehabilitación*”, en El Tiempo, 22 de septiembre de 2002; Ley 782 del 23 diciembre de 2002, Diario Oficial 45.043.

³ Es una organización no gubernamental sin ánimo de lucro que trabaja en la prevención y lucha contra el secuestro, la extorsión, la desaparición forzada, y otras privaciones ilegales de la libertad en Colombia.

y en un tercer momento, la ira focalizada contra los terroristas islámicos, solo Bush era capaz de defender el pueblo estadounidense” (Reguillo, 2007: 4).

Estas emociones fueron dando paso a que el discurso de seguridad hiciera énfasis en el “terrorismo”, una idea construida principalmente por el gobierno estadounidense. Ésta, a manera de virus, se expandió y se vivificó en la categoría de amenaza latente. Este discurso bélico internacional en cierta forma le dio al gobierno de Uribe el aval para la creación de una PSD que arremetiera contra los “terroristas” locales:

En efecto, internacionalmente el terrorismo era el tema que más cobraba vigencia, en tanto era visto como la mayor amenaza al orden internacional, y en Colombia los grupos alzados en armas, en particular las Farc y las AUC, que habían incrementado sus acciones terroristas. Ese desplazamiento discursivo (metonímico, valga decir), -el resaltado es del texto original- del terrorismo internacional al nivel doméstico, le concedió al discurso de la seguridad democrática parte de su poder de funcionar como una verdad incontestable en Colombia (...) (Mantilla, 2008: 229).

El “terrorismo” empezó a tomar centralidad en la seguridad en Colombia valiéndose del discurso de la esperanza y la protección.

Seguridad y vigilancia

Foucault afirma que el poder no es una institución, estructura o potencia; son aquellas situaciones estratégicas de relaciones de fuerza, que no son necesariamente relaciones verticales de dominación: “el poder es menos una confrontación entre dos adversarios, o el vínculo de uno con respecto del otro, que una cuestión de gobierno (...) Gobernar, es estructurar un campo posible de acción sobre los otros” (Foucault, 1999a: 253), en este sentido, gobernar no es dominar, sino crear las condiciones necesarias para el poder. El poder “viene de abajo”, de la multiplicidad de enfrentamientos (Foucault, 1999a: 114) y su carácter de inmanencia hace que sea productivo y no prohibitivo: “la función primaria, esencial y permanente de esos poderes locales y regionales es, en realidad, ser productores de una eficacia, de una aptitud, productores de un producto” (Foucault, 1999a: 240). De esta forma, la PSD produjo una serie de estrategias, principalmente de orientación militar: la creación de un impuesto de guerra, la renovación tecnológica del equipo militar, la conformación de redes de informantes, entre otras. Aquí la producción de tecnologías gubernamentales se da entre dos juegos: el juego estratégico de las libertades, que procura determinar conductas, y el de dominación, donde se instala el poder.

Foucault afirma que para que la tecnología gubernamental se dé, es necesaria la condición de libertad del sujeto, donde “puedan desenvolverse varias formas de conducta, varias reacciones y diversos comportamientos” (Foucault, 1999a: 254), pero también nos advierte que la libertad no debe ser considerada como un valor absoluto, espiritual o trascendente, pues opera en la multiplicidad del poder. Así, la libertad es un elemento de las relaciones entre los seres humanos, un aspecto central de las relaciones de poder. Para Foucault, la libertad, en tanto técnica de gobierno, es la condición necesaria para el dispositivo de seguridad; ya que este: “sólo puede funcionar bien con la condición de que se dé algo que es justamente la libertad, en el sentido moderno que esta palabra adopta en el siglo XVIII: (...) posibilidad de movimiento, de desplazamiento, proceso de circulación de la gente y las cosas” (2009: 71).

Afirma el historiador Isaiah Berlin en *Cuatro ensayos sobre la libertad* (1969) que existen dos clases de libertad; una, en el sentido positivo, que se relaciona con la voluntad del individuo para seguir sus intereses; y la otra en el sentido negativo, que se relaciona con lo que el Estado “deja hacer” en el marco de posibilidades establecidas por el dispositivo de seguridad y gestionadas de acuerdo a los intereses de los gobiernos. Por su parte, el filósofo italiano Roberto Esposito se suma a esta discusión afirmando que: “la libertad moderna consiste, en esencia, en el derecho de todo súbdito individual a ser defendido de los abusos que amenazan su autonomía y, más aún, su vida misma” (2006: 115). Esto es lo que parece trascender de la teoría foucaultiana: la inherencia de la libertad y el Estado.

Así pues, el dispositivo de seguridad, como tecnología de gobierno, sirve para el control y la normalización del funcionamiento político que es ejercido sobre el conjunto de la población, a diferencia de la soberanía, que se ejerce sobre los límites del territorio, y de la disciplina, que ejerce su poder sobre el cuerpo de los individuos (Foucault, 2009: 27). Por población se entiende el conjunto de “seres vivos atravesados, mandados y regidos por procesos y leyes biológicas. (...)” (Foucault 1999a: 245); es decir, más que un grupo numeroso de seres humanos, es un conjunto de seres atravesados por el poder. En este sentido, el dispositivo de seguridad deja hacer: no deja hacer todo, pero si permite una acción sobre la población como consecuencia de la articulación que se produce con lo físico (elementos naturales y de la realidad). Para ello, el dispositivo de seguridad consiste en: “apoyarse en los detalles, no valorados en sí mismos como bien o como mal y tomados en cambio como procesos necesarios e inevitables (...) que, si bien son lo que son, no se consideran pertinentes, para obtener algo que en sí se juzgará pertinente por situarse en el nivel de la población (Foucault, 2009: 67).

En el curso *Seguridad, territorio y población* Foucault formula tres mecanismos del dispositivo de seguridad, aunque anuncia que no son los únicos y últimos: a. Se calcula la probabilidad de que un acontecimiento suceda; b. Las reacciones del poder se rigen según cálculos de costo-beneficio; y, c. Se fija una media considerada como óptima que demarca los límites de lo aceptable (2009: 21). En suma, Foucault considera que el dispositivo de seguridad es un cálculo *a priori* del gobierno. Ahora bien, estos mecanismos deben desarrollarse sobre el escenario de lo real, es decir, en un medio constituido por acontecimientos o series de acontecimientos sobre los cuales actuarían: “el medio será entonces el ámbito en el cual se da la circulación (...) es una cantidad de efectos masivos que afectan a quienes residen en él” (Foucault, 2009: 40). Entonces, la seguridad debe remitir a una temporalidad y un espacio dados. Y tiene una función esencial, la de “responder a una realidad de tal manera que la respuesta: la anule, la limite, la frene o la regule. Esta regulación en el elemento de la realidad es (...) lo fundamental en los dispositivos de seguridad” (Foucault, 2009: 69).

Propaganda política y seguridad democrática

Según Harold Lasswell la propaganda surgió como la intención de dirigir opiniones y actitudes a través de la manipulación directa de sugestión social mediante el uso de “símbolos con el propósito de cambiar las creencias e ideas de las personas y sus actos como forma de poder y control social, pues difiere de la coerción física y de la violencia organizada” (Young, 1966: 196), estrategia usada por el régimen nazi para “guiar políticamente a las grandes masas” (Hitler, 1924: 26), Hitler en el congreso de Nuremberg en 1936 le dio crédito a la propaganda diciendo que ésta: “nos ha llevado hasta el poder, la propaganda nos ha permitido conservar desde entonces el poder; también la propaganda nos concederá la posibilidad de conquistar el mundo”. Una vez desencadenada la Segunda Guerra Mundial, el político alemán Paul Joseph Goebbels, ministro de propaganda del régimen nazi, entendió que la propaganda debía centrarse en la persuasión mediante una oratoria estratégica y arrasadora, el poder de los medios, y el manejo estratégico de la información. Goebbels “controló y monopolizó la radio, el cine y la prensa; con esto logró un respaldo total al Führer y su ideología Nazi, su ascenso al poder, promovió el patriotismo, el concepto de la raza aria y odios, que afianzaron uno de los más violentos regímenes, que desencadenó una de las guerras más dolorosas para la humanidad” (Young, 1966: 43).

Si se considera que las palabras tienen poder para transformar, tendríamos que mirar sobre qué se construyeron las palabras del gobierno de Uribe y diría que se caracterizó por un lenguaje persuasivo

que se valió de la lógica de producción espectáculo para anclarse en los hogares colombianos, para esto usó el lenguaje publicitario que le permitió: primero, la imagen estética de la publicidad lo autorizó para hablar desde la lógica de lo documental –al usar soldados reales, es decir disciplinados por la lógica militar- al tiempo que ficcionalizaba la seguridad como protección y la violencia como necesaria para la seguridad; segundo, la institucionalidad se narró desde las lógicas de la eficacia, despertando un *sentido de pertenencia institucional* y respeto hacia las instituciones, que de algún modo, referenciaba el nacionalismo: Por otro lado, la Política de Seguridad Democrática vista como “*instrumento de unificación*” (Debord, 2007: 38), se trataba del “discurso unificado” –que aunque presentado de forma fragmentada y dispersa- condensó y resignificó lo ya existente para darle un nuevo significado, una nueva lógica, lo dotó de otros signos que con la condición de reiteración parecía que hicieran parte natural de nuestra cotidianidad, de nuestra cultura, a propósito, Stuart Hall dice que se trata de esos códigos en uso que revela la profundidad del hábito donde “en realidad lo que el código naturalizado demuestra es el grado de hábito producido cuando hay un vínculo y reciprocidad -una equivalencia- entre los extremos de codificación en un intercambio de significados” (1980: 133).

La autoprotección: el ojo vigilante de la PSD

El documento de la PSD mostró interés en vincular a la sociedad civil en los procesos de seguridad, narrados éstos como formas de protección para el auto-cuidado cuando anuncia que “la seguridad la hacemos todos” (PSD, 2003). El ciudadano provee la seguridad, aunque el Estado afirma que él es quien lo hace. Mi consideración es que la categoría de autocontrol, en tanto discurso propio del neoliberalismo, es una moneda de dos caras: por un lado, el Estado otorga al ciudadano libertad en relación con la inherencia del aparato de gobierno, me refiero a las estrategias, planes y proyectos que creó la PSD para vincular al ciudadano en sus mecanismos –en lo que parecía un modelo de protección y articulación con la ciudadanía–; pero, de otro lado, dicha libertad se otorga solo a expensas de que el ciudadano sea copartícipe de la producción de su propia seguridad, es decir, en la medida que la seguridad sea necesaria como mitigación de la amenaza, la participación del sujeto-ciudadano es necesaria para que ésta se lleve a cabo.

La seguridad se inserta en las lógicas de la ley y la norma que sirven para el control de las poblaciones. En Colombia, esta política de inclusión para la seguridad cuenta con un fuerte componente de emotividad administrado por el Estado, que desplaza su responsabilidad en el mantenimiento del orden,

endilgando parte de ella al ciudadano. El Estado le advierte del peligro, y provee formas para alcanzar la seguridad o, por lo menos, mitigar la inseguridad de manera que el ciudadano cuenta con un pretexto para legitimar su participación. Esta coparticipación del ciudadano se apoya en la idea de la vulneración, es decir, en las categorías emotivas del miedo, el odio y la esperanza, de cuya producción hablé más arriba. Se trata de una medida prescriptiva que condiciona al sujeto a actuar de acuerdo con sus posibilidades de convertirse en víctima.

El Estado promueve la vinculación del ciudadano a la política de seguridad mostrando un abanico de posibilidades. Señalo tres estrategias que, a mi parecer, incitaron en Colombia la vinculación del ciudadano a ésta, mediada principalmente por la idea de control y vigilancia: la “Red de Informantes” del Ministerio de Defensa y Seguridad Nacional, que invitó a campesinos y estudiantes universitarios a denunciar actos ilícitos y a “terroristas” a cambio de una remuneración económica mensual. Esta modalidad confiere al “cooperante de la seguridad” un estatus de trabajador del Estado, pues su pago no es por información efectiva, sino que constituye un salario mensual. En segunda instancia, la invitación a entregar información sobre “terroristas” concretos, promovida principalmente por los anuncios de recompensas emitidos por televisión en el *prime time*. Por último, el propiciar la supervisión del “otro” y la idea de estar siendo vigilado por el ejército, evidenciado en “Los héroes en Colombia sí existen”, que con sus propagandas “Estamos en todas partes” invoca la omnipresencia, la vigilancia permanente y continua, disuelve fronteras entre lo público y lo privado, invocando la omnipresencia del ojo de Cristo que vigila las acciones del peregrino. Así, un Estado de vigilancia permanente, entabla condiciones de posibilidad para “verse vigilado”. Recordemos a Foucault cuando nos habla del poder del panoptismo, que pone en el centro a alguien sobre quien la máquina de poder debe actuar para ver la potencia de lo que pueden llegar a ser.

El escenario de la seguridad encauzó, en cierta forma, un discurso de carácter militarista –que alude a las formas de relación social representadas en el lenguaje y la identidad nacional– que se instaló en las instituciones y convocó a los sectores económicos y sociales como parte del engranaje integral de la nación. Este discurso desdibujó las fronteras entre lo civil y lo militar, siguiendo la tesis del posicionamiento del discurso militar en Colombia que analizó Orlando Ortiz, quien afirma que estas categorías empezaron a usarse como parte de un mismo rol, “una misma lógica de pertenencia en el ámbito de la seguridad territorial, política y social de la nación y del Estado. Situación ampliamente cuestionable en el marco de los sistemas democráticos y los principios de la civilidad que orientan en

general a los Estados modernos” (Ortiz, 2009: 38), que da paso a que la frontera entre estos dos límites se tornara borrosa en relación con las responsabilidades de unos y otros en un territorio. Así las cosas, las fronteras del estado de derecho empiezan a ser borradas cuando se incita al ciudadano a configurar formas de seguridad propias. Lo esencial en esta lógica de auto-protección y producción del ojo vigilante es que el sujeto se sepa vigilado, como en el esquema de panoptismo de Foucault. Este principio se desarrolla en la propaganda del Ejército referenciada por los publicistas como “Camuflaje”. La voz en *off* anuncia: “Aunque no nos veas... siempre estamos ahí. Aunque no nos oigas... también estamos ahí. Y aún... en medio de la oscuridad: somos tus guardianes. Los héroes en Colombia sí existen. Ejército Nacional”.



Reseña de la campaña “Los héroes en Colombia sí existen”. Agencia: McCann Erickson Colombia. Referencia: “Camuflaje”. Año de realización: 2008. Realizador: desconocido. Duración: 31 segundos. Las imágenes son extractos de la propaganda.

La vigilancia permitirá instalar en el sujeto autocontroles dominados principalmente por la culpa, la autovigilancia y la sospecha latente, entre otras formas, quizá unas más conscientes o buscadas que otras. Acciones como la instalación de estos controles caracterizaron al gobierno de Uribe Vélez, especialmente las que se desprendieron del uso reiterado de la imagen católica omnipresente, que afirma que los “héroes estamos en todas partes”. Lo interesante se da en la relación entre el discurso de seguridad del gobierno Uribe y el de vigilancia panóptica, que muestra las formas naturalizadas del verse vigilado. Foucault habla de las formas del poder sobre las fuerzas vitales de los cuerpos y da luces sobre la regulación de los comportamientos a través de los mecanismos de seguridad: se trata de la creación de un marco normativo y de vigilancia que, sumado, en el caso del gobierno Uribe, a una estrategia de polarización política, conduce y modula las energías vitales de los cuerpos en pos de la seguridad.

Así, los mecanismos de seguridad son el marco donde el Estado se reproduce para asegurar el control de la población, es decir, la PSD articuló y creó estrategias que incluyera a la ciudadanía como gestora de su propia seguridad, propiciando una idea de inclusión y libertad fundada principalmente en mecanismos como las caravanas turísticas, que desarrolló su estrategia apelando a un lenguaje de interés nacional, que siguiendo a Homi Bhabha en *Narrando la nación* (1990), se trata de la “perspectiva ambivalente y antagonista de la nación como narración [que] establece las fronteras culturales de la nación de modo que puedan ser reconocidas como tesoros "contenedores" de sentidos que necesitan ser cruzados, borrados y traducidos en el proceso de producción cultural” (5). En este sentido, estos reconocimientos necesitan producirse en la narrativa, son indispensables para crear aquello a lo que nos referimos como sentido nacionalista, o de pertenencia, como muchos otros lo suelen llamar en un sentido coloquial. Pero también son la justificación de la modernidad para naturalizar tendencias autoritarias: “–progreso, homogeneidad, organicismo cultural, la nación profunda, el largo pasado–” (Bhabha, 1990: 6), construcciones culturales que se vuelven hegemónicas en lo social, permitiéndole al Estado acciones para subordinar, fracturar procesos, difundir y exigir mayor productividad en nombre del patriotismo.

Bibliografía

Berlin, Isaiah (1998). *Cuatro ensayos sobre la libertad*. España, Alianza editorial.

Bhabha, Homi (2000). “Narrando la nación”, en: Fernández Bravo, Alvaro (Compilador), *La invención de la Nación. Lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha*. Cap. 10, pp. 211-219. Editorial Manantial, Buenos Aires. Disponible en: <http://cholonautas.edu.pe/modulo/upload/H%20Bhabha.pdf>

Campos, Guillermo (2011). *La colonización de conceptos en América Latina. Herramienta a favor de la inseguridad en México*. Ponencia presentada en el Coloquio. Leer Latinoamérica hoy: ¿una descolonización imposible? Desafíos de poscolonialidad, otredad, representación y subalternidad. Barcelona.

Debord, Guy (2007) *La sociedad del espectáculo*. Editorial Pre-textos, España.

Foucault, Michel (2009) *Seguridad, territorio, población*. Editorial Paidós, Argentina.

_____ (1999a) *Estética, ética y hermenéutica*, obras esenciales vol. III, Paidós, Barcelona.

_____ (1999b) *Estrategias de poder, obras esenciales*, vol II Paidós, Barcelona.

_____ (2008) *Nacimiento de la biopolítica*. Curso en el Collège de France. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

_____ (1977). *La voluntad de saber. Historia de la sexualidad*. Vol. I. Ed. Siglo XXI, México D. F.

Hall, Stuart *et al* (1980). “Codificar y decodificar” en: *Culture, Media and Language*. London, Hutchinson. Disponible en: <http://red.pucp.edu.pe/ridei/buscador/files/72.pdf>

Klemperer, Víctor (2003). *La lengua del Tercer Reich, apuntes de un filólogo*. Biblioteca Morgan. Bogotá.

Leal, Francisco (2006) “la política se seguridad democrática 2002-2005”. En: *análisis político* n° 57, Bogotá, mayo-agosto, pp. 3-30

Ortiz, Orlando (2009). *Militarismo: Discurso y verdad. la política de Seguridad Democrática*, [Tesis maestría en Estudios políticos], Bogotá, Universidad Javeriana.

Presidencia de la República (2002). *Bases del Plan Nacional de Desarrollo, 2002-2006. Hacia un Estado comunitario*. Departamento Nacional de Planeación.

Reguillo, Rossana (2007). “Horizontes fragmentados: una cartografía de los miedos contemporáneos y sus pasiones derivadas”. En: *Diálogos de la comunicación*, Revista académica de la Federación Latinoamericana de Universidades de Comunicación. <http://www.dialogosfelafacs.net/75/articulos/pdf/75RossanaReguillo.pdf>

_____ (1996). Ensayo(s) sobre la(s) violencia(s): breve agenda para la discusión. En: Signo y pensamiento No 29, Univerisdad Javeriana, Bogotá, pp: 23-30.

SCHMITT, Carl (1989). *El concepto de lo político*, Alianza Universidad, Buenos Aires.

Young, Kimball (1966). *La opinión pública y la propaganda*. Editorial Paidós, España.